



M A D R E



MAñana recibí una tarjeta concebida en estos términos: "Ernesto L. Zamudio y señora participan a usted el nacimiento de su hijito José María ocurrido el veinte del corriente."

"Bueno, pensé, mis amigos no han perdido tiempo." Hacía menos de un año que se habían casado. Tenía ella dieciocho años. Él veinticinco. Un casamiento de

amor, de amor corriente en la manera de entender el amor: se gustaban, se convenían. Ambos eran, sino ricos, de familia acomodada. Pero ella, ¿era realmente una mujer? La recordaba yo en su vida íntima, aniñada, mimosa, rodeada de prolijos y exagerados cuidados. ¿Era buena? ¿Sabía sentir, pensar, querer, decidirse? Nadie la había puesto jamás a prueba. Vivía abandonada a sus comodidades, plegada a ellas, sin un solo deseo insatisfecho. La oí hablar una vez de su traje de novia como quien se refiriera a un chiche deseado. Pequeñas risitas acompañaban sus comentarios. Risitas finas, ligeras, parecidas a sus rizos.

Ahora meditaba yo en su trance materno y parecíame imposible que dentro de su cuerpo infantil, aquello tan serio, el hijo, hubiera anidado.

Se me aparecía como en su noche de bodas, en que semejava una muñeca de porcelana, con su aserrín en buen estado, y algo chocante era para mí imaginarla deformada por la pasión o el dolor.

Y releía la tarjeta comprobadora: "participan a usted el nacimiento de su hijo..." etc., etc.

me detuve en una tienda y adquirí una chuchería. Llegué a la casa a las once de la mañana.

Salieron a recibirme la madre y la abuela, dos excelentes señoras chapadas a la antigua.

La flamante madre dormía aún, descansando de las fatigas nocturnas.

Me hicieron pasar a la sala donde otras dos señoras, munidas de batitas y baheros, aguardaban el momento de conocer al recién nacido.

Después de los saludos corrientes, y como yo permaneciera silenciosa, la conversación de las damas volvió al tema de que trataban cuando yo entré.

— Pues ocurrió como se lo digo, (hablaba la abuela del niño) nos ha hecho pasar una vergüenza horrible ¡Ah, la mal nacida! ¿Cómo no la íbamos a echar? Con sacrificio la habíamos criado...

Y como notara en mis ojos una pregunta me informé:

— Estoy hablando de Aurora, la muchacha de casa.

— ¿Tuvo un hijo? — pregunté por decir algo.

— Sí, aquí en casa. Pocos días antes que mi hija, y hemos pasado muy malos ratos, y ha sido el escándalo del barrio. Tuvo que intervenir la Asistencia. ¡Qué horror! ¡Qué escenas!

— Bueno, pero ni se acuerde más de eso, — agregó una visitante — todos los vecinos conocemos bien su casa, ¿qué culpa tienen ustedes de que un mal bicho se haya metido en ella?

— Hace dos días la vi por la calle. Está flaca como un perro.

— ¡Y el hijo, a la cuna!
— Parece que no. El otro día llevaba el hijo en brazos.

— ¿Por la calle? ¡Qué descarada!

— ¿Y su chica? Me cuentan que fué muy guapa ¿no?

— ¡Ay, pobrecita, lo que ha sufrido! Pero manita la animó mucho, porque yo no me atrevía.

— Lo que es yo — confirmó la abuela — no perdí el tino. Hacía tres días que se lo estaba sentenciando y nació a la misma hora que yo había calculado. También, ¡tanto cognac! La madama se enojaba: "deje tranquila a la señora", pero yo, que ya el café, que ya el licor, que ya la bolsa de agua caliente. ¡A mí para esas cosas! ¡He visto nacer a tantos!

— Y la verdad que mi yerno se ha portado. ¡Tan cariñoso, tan bueno! La ha llenado de regalos. ¡Y una de secarle las lágrimas!... Le estoy muy agradecida.

Y la conversación siguió girando alrededor de la noche del alumbramiento, con una prolijidad abrumadora de detalles.

A la media hora de espera, la joven, con su criatura en los brazos, apareció en la sala. Vestía un grueso botón obscuro de mal gusto, la cabellera revuelta, zapatillas de género, el vientre incomprensiblemente deforme, los senos abultados, la cara pálida, las manos amarillas y transparentes.

Y nos mostró el bultito cilíndrico que llevaba alzado.

El niño era una delicia. Había perdido ya el congestionado color de los bebés de pocos días: piel finísima, los ojos de un color acerado, indefinido, el cabello una pelusilla dorada, ligeramente ondulada.

Sin consideración alguna, las señoras visitantes estamparon bulliciosos besos en las mejillas de aquella pureza, y el bultito pasó de unos brazos a otros.

Entonces llegó el padre de la calle y vi en el hombre una profunda ternura.

Me quedé a almorzar. El niño dormía cuando nos sentamos a la mesa; pero a los pocos minutos empezó a llorar, primero despacio, luego con fuerza.

— Yo no lo alzo — dijo la madre, — lo voy a acostumbrar mal.

El niño se calló. Seguimos comiendo. El niño volvió a llorar. En ese momento servían a la madre una presa de pollo. Vi que la boquita pequeña y hermosa se aplicaba golosamente al ave asada. Del cuarto vecino llegaba, furioso ya, el llanto del niño. La "mamita", como llamaban a la bisabuela del infante, argumentaba que llorar desarrolla los pulmones. El padre había dejado de comer. Miró de reojo a su mujercita y la vió desnudando afanosamente un ala.

Quiso disimular su impaciencia y lo consiguió unos momentos

pero, al cabo, el instinto pudo más: se levantó y trajo al niño. Este, pequeño animal, al sentir el olor que delataba compañía, se calló. Hubo pequeñas frases de disgusto, opiniones de todas las señoras y silencio del padre, que siguió comiendo dificultosamente con su criatura en brazos.

Cuando la madre hubo terminado su presa, tomó al niño y lo llevó de nuevo a la cuna.

Un cortísimo silencio, y de nuevo el llanto angustioso, desesperado. Levantóse de nuevo la madre y volvió al instante. El niño se había callado.

— Lo he dado vuelta.

Pero a los pocos minutos el llanto recrudeció, más fuerte que nunca.

— Es que tiene hambre — opinó la abuela.

— No; si aun falta media hora para darle el pecho.

Y como no callara, la abuela fué a levantarlo. Siguió llorando. Pasó a los brazos de la mamita. Siguió llorando. Pasó a los del padre. Lloraba aún.

Por fin la madre tomó el bultito y resolvió irse al dormitorio a darle el pecho. Cuando entré mamaba aún, con los ojos cerrados. Mamaba con voluptuosidad, con glotonería; comprendí que su paladar experimentaba el primer placer ya.

Era bello de ver la dulce curva de la cabeza piasmada en el brazo materno.

La joven, con los ojos distraídos, me informaba de los regalos recibidos y su calidad, y, de vez en cuando, con un movimiento brusco, cambiaba al niño de seno. Se había dormido.

Entonces entró una señora amiga, recién llegada a la casa.

— ¿Por qué no lo mudas delante de la señorita? ¡Está tan gordito! ¡Da gusto verlo!

Y la vanidad venció.

La madre tomó el fardito y lo puso en la cama; le quitó las ropas y lo libertó. Despertóse la criatura y se desesperó sin llorar.

Estaba sucio. Vi meter un algodón en una palangana de agua fría. Este algodón pasó al descuido por las nalgas.

En sus repliegues, un tono amarillo persistía aún. Vi poner talco, tapar todo, envolver, fajar. Una cinta se anudó con fuerza sobre las rodillas pequeñísimas.

— Está muy apretado — me permití decir.

— Es que si no se desfaja.

El niño empezó a llorar de nuevo. Le pusieron en la boca el pecho. Se durmió. Lo acostaron. Sobre la lujosa almohada la cabecita, rendida ahora, reposaba al fin en un profundo sueño.

Volvimos al comedor y la conversación giró sobre temas indiferentes. De vez en cuando tocaba, de paso, a la otra madre, que andaba por la calle con la criatura en los brazos, y volvía a las cosas de todos los días, vulgares, adocenadas, ligeras; conversación de gente feliz, tranquila, segura de que el mundo está bien hecho, el bienestar repartido, la justicia en manos de los hombres.



A L F O N S I N A
S T O R N I



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar